

Si temierais morir, abrid los ojos

Raquel Lanseros

Con la interrogación retórica por arma expresiva, el feliz desaliento trascendente por intención y otros recursos sensoriales de referencia espiritual, Vicente Gallego desgrana brillantemente toda una filosofía de la deshabitación sólo aparente que impregna la existencia. La poesía última de Gallego, poeta valenciano de 1963, autor prestigioso cuya carrera literaria está ya avalada a pesar de su juventud por algunos de los premios más selectos, refiere y da testimonio del exilio íntimo del ser humano, en unos modos en los que encontramos certeros ecos de la ternura existencial de Vallejo. Como en una mística sin Dios, a través de una ascética del verso de sintaxis impresionantemente bella, los poemas de *Si temierais morir* van dando cuenta de la nadería de la vida material, su futilidad: «//Con cuatro huesos juntos quiere el hombre/contarse entre lo sólido/auparse y merecer, sacar ventaja/.»

Una intención connativa fuerte, visible en las dedicatorias de casi todos los poemas, habla de una necesidad de comunicación, aunque el poeta es muy consciente de que ésta acaso se vea frustrada por el mensaje de lúcido nihilismo esencial: «//Diréis que a su taberna/no son llamados todos/y yo os digo:/ llamad, que no se abre/por sí sola la puerta ni se sirve/al que no se adelanta/.» El lector de *Si temierais morir* se topa constantemente entre los versos con auténticas perlas de mensaje límpido, poético, certero: «Este cuerpo/que es nada/cuando el hombre lo toma por su ser//esta torre altanera que se crece/cuando de odiar se trata y frente al cielo/alardea de hechura y señorío/yo sé que al fin entrega/su escudo y su blasón para servir/al que la ha puesto

Vicente Gallego: *Si temierais morir*, Editorial Tusquets. Barcelona, 2008.

en pie/como sirve al tesoro su alcancía». Como joyas engastadas en el oro de una expresividad íntima, los versos de Gallego aguardan la mirada atrevida que obvia el entendimiento global, consciente de que se trata de una perspectiva opaca que obstaculiza la autenticidad: «¿Quién lo iba a decir?/Y sin embargo/la muerte es un lugar donde no hay muertos/y es cosa de difuntos estar vivo».

El universo lírico de Vicente Gallego se despliega en *Si temieras morir* a través de un imaginario natural, puro, que acerca sus versos a Claudio Rodríguez, y más lejanamente, a Machado. El poeta descrea de la modernidad urbana como referencia de imagen. Su modernidad se halla en su expresividad, huidiza de la evidencia, reluctante de la superficialidad. Al núcleo mismo del corazón del hombre parecen dedicados estos versos, que nos hablan de la condición fragmentaria, microcósmica, insignificante de las almas y de su cáscara de huesos: «Agua amarga nos queda que beber//Que se acabe el amor, que se desdiga/podemos tolerarlo/Pero cómo aceptar la mentira del cuerpo».

La poesía de Gallego dibuja un territorio de seguridad en la incertidumbre, que al modo místico clásico, sosiega desasosegando. Todo el poemario se halla inevitablemente preñado de contradicción posible, compatible, que tanto y tanto explica el mundo y su complejidad: «Donde dije jamás/hoy digo mío//tomadme la palabra/y he de daros disgusto//cuando escuchéis mi siempre/sabed que nunca ha sido».

Gallego, al modo de Jeremías, lanza un treno hondo, que no es profecía, sino más bien oración. Una oración laica, existencial, que duele en el alma o donde sea que habite ese espíritu unitario que el poeta nos descubre a todos. No es el hermoso pesimismo de Cioran, no es tampoco el existencialismo seco del medio siglo pasado. Es una voz inspirada, que cala muy adentro y sorprende profundamente al lector que acaso esperase el discurso poético de autocomplacencia al uso. Es una poesía de oficio de difuntos, en unos rituales actuados sobre un altar de serena angustia, que todos queremos ignorar, pero que todos conocemos. Vicente Gallego es consignatario de este mensaje que flota en la realidad humana, que emerge una y otra vez en el duelo sempiterno de la orfandad cierta en la que nos hallamos.

El canto de Vicente Gallego tiene esa oscura lucidez del profeta a quien se ha encomendado el mensaje, y por tanto cumple con su sentir de tener que transmitirlo a pesar de su plena consciencia de que acaso resulte hiriente para algunos oídos. No hay complacencia en difundir ese mensaje que nos dice a todos ser humo de pajas, que nos dice ser forma vanidosa de la nada. Hay sólo clarividencia, agudeza y discernimiento. Enemigo del miedo, el poeta ofrece compartir con quien sepa escucharlo un último consuelo, que él llama expresivamente alegría, como titula uno de los últimos poemas. No hay razón para el temor si se aprende a mirar más allá de lo visible: «Si temierais morir/mirad en el reverso/de esa idea, detrás/de la bobina que va desenredando/el cobre de la muerte/(...)/Si temierais morir, abrid los ojos». Notario al fin, el poeta cumple su destino transmitiendo la más alta poesía a través de los versos que la revelación dictó ©